

8º Concurso
de
Cuento
No-sexista

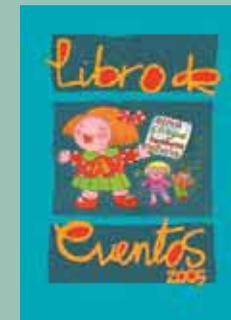
"Carmen Laforet"

2005

Libro de



Cuentos
2005



Carmen Laforet Díaz nació el 6 de septiembre de 1921 en Barcelona. Pasó su infancia y adolescencia en las Palmas de Gran Canaria y en 1939, con 18 años, regresó a Barcelona. Allí comenzó a estudiar Filosofía y Letras y Derecho, aunque abandonó ambas carreras. Tres años más tarde se traslada a Madrid, donde se casa y tiene cinco hijos. Su actividad literaria comienza en esta ciudad y su biografía transcurre en distintos puntos de la geografía española y extranjera. Fallece en Madrid el 29 de febrero de 2004.

Su vida es la de una escritora que comienza su andar literario con la publicación de un libro espléndido. Con 23 años gana la primera edición del Premio Nadal con su novela *Nada* (1945), obteniendo un enorme éxito de público y de crítica.

En sus obras, Laforet plantea temas como el paso de la niñez a la adolescencia de una mujer en un mundo degradado, el mundo ensoñado de un adolescente frente a los adultos, o el contraste entre el idealismo y los puros afanes juveniles y la mediocridad del entorno.

Es autora además de novelas cortas, de libros, de cuentos y de narraciones de viaje, como *La Isla y los demonios* (1952); *La Llamada* (1954); *La mujer nueva* (1955); *Insolación* (1963); *La Niña y otros relatos* (1970); *Mi primer viaje a USA* (1985).

Uno de sus últimos proyectos era la creación de una trilogía titulada *Tres pasos fuera del tiempo* de la que solamente llegó a publicar el primer tomo *La insolación* (1963), el segundo volumen *Al volver de la esquina*, nunca fue enviado a la editorial. Ahí quedó interrumpida para siempre su carrera de narradora, hasta que casi cuatro décadas más tarde sus hijos han decidido autorizar la publicación.



8º Concurso de Cuento No-sexista

“Carmen Laforet” 2005



CONSEJERÍA DE EMPLEO Y MUJER
Comunidad de Madrid
www.madrid.org

Presentación

La Consejería de Empleo y Mujer de la Comunidad de Madrid, enmarca la convocatoria del Concurso de Cuento No-sexista, ya en su 8ª edición, dentro del objetivo de conseguir que desaparezca de nuestra sociedad la discriminación por razón de sexo.

Se pretende que las niñas y los niños sientan, en esa etapa vital en que se concentra la mayor curiosidad y capacidad de aprendizaje, que lo socialmente positivo y lo individualmente correcto es desterrar actitudes sexistas y entender la vida y la convivencia con la naturalidad que supone la igualdad entre mujeres y hombres.

En esta ocasión lleva el nombre de “Carmen Laforet”. El hecho de que cada convocatoria una a su propósito el nombre de una escritora, busca el ejemplo.

Se trata siempre de mujeres que han triunfado en los difíciles caminos de la creación literaria. En este caso la escritora Carmen Laforet, mujer con tesón, ha de representar para los niños y las niñas un espejo de realidad igualitaria. El reconocimiento de su talento literario significa un valor añadido a lo estrictamente creativo, porque hay que tener en cuenta que a lo largo de la

historia, las mujeres han tenido que sortear obstáculos que no afrontaban los hombres para que su valía fuese reconocida por sus contemporáneos, y esta clara desigualdad se daba, y aún se da, en los más variados campos de actividad.

La acogida que cada año tiene este Concurso, y la variedad y amenidad de los temas tratados por sus autoras y autores, supone una satisfacción para los lectores y nos conduce a continuar por el mismo camino.

Sólo me resta felicitar a las premiadas de esta edición, animar a la participación en futuras convocatorias y reiterar el objetivo por el que trabajamos: acabar con la desigualdad de género en la sociedad.

Juan José Güemes Barrios
Consejero de Empleo y Mujer
Comunidad de Madrid

Índice

8

Una historia de alfabetolandia

1º premio
María Gallar Sánchez

18

Lo importante es otra cosa

2º premio
Mónica Fraile de la Hoz

32

Una de piratas

3º premio
Gloria Iglesias Serrano



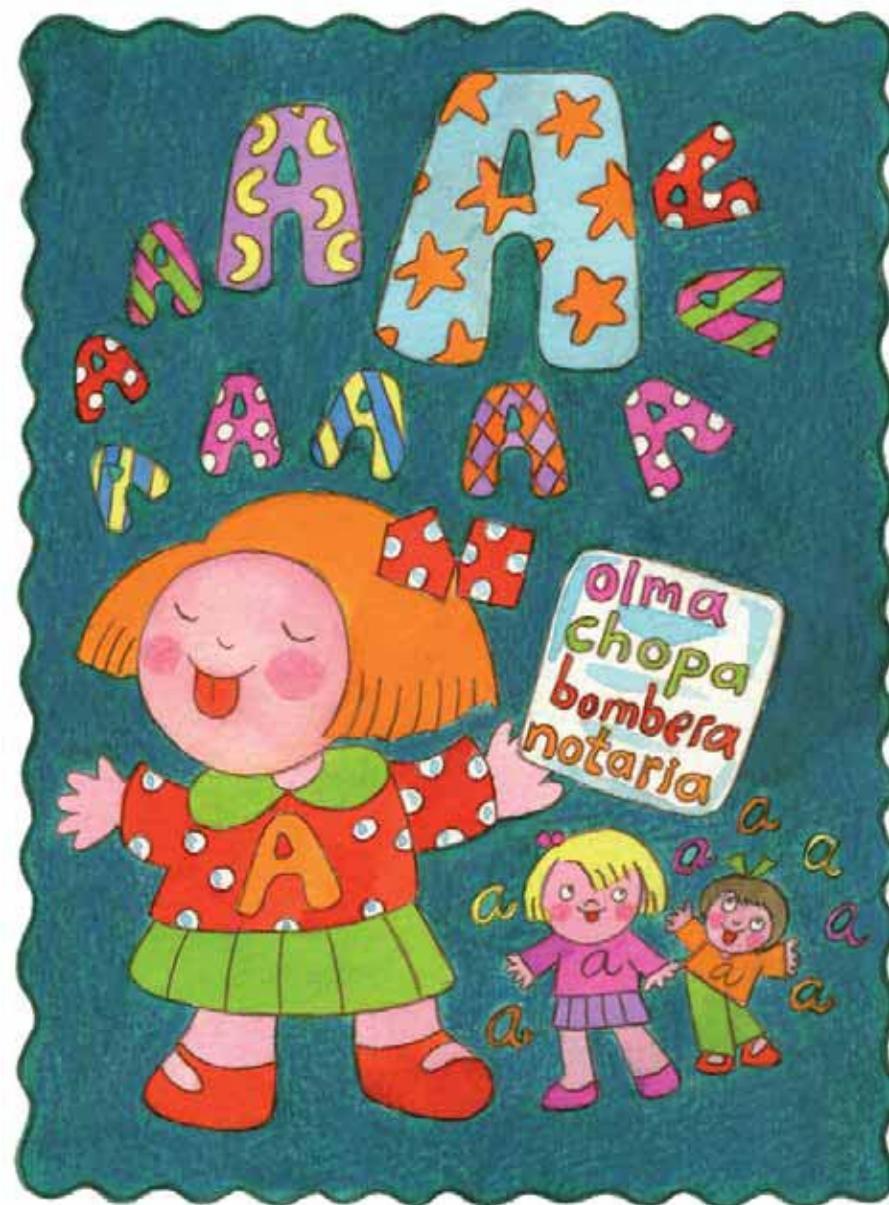
Ilustraciones de Carmen Sáez Díaz

Una historia de alfabetolandia



a letra A durante siglos había sido considerada como ciudadana de segunda fila en Alfabetolandia. Mientras otras letras desempeñaban altos cargos en el Parlamento

encargado de la creación de palabras, nuestra protagonista se ocupaba de las labores domésticas y del cuidado de las minúsculas. Sin embargo ella no era ninguna letra tonta y sabía de su importancia, pues era el signo que aparecía repetido en más palabras, además de ser la encargada de formar el femenino de muchos vocablos del español.



La letra O, en cambio, era la estrella. Siempre conseguía que las mejores palabras fueran masculinas ya que era muy influyente. Todavía se recuerda en el país la vez en que la O propuso que los nombres de los árboles que en latín eran femeninos pasaran al español como masculinos. Debido a este cambio de género usamos “Olmo” y “Chopo” en vez de “Olma” y “Chopa”.

Como ya os habréis dado cuenta el terreno en el que más chocaban ambas letras era el de los géneros. La A se quejaba de que algunos nombres femeninos tenían poca aceptación social e incluso variaban su significado con respecto al masculino. No entendía por qué la “alcaldesa” era la esposa del alcalde en vez de la mujer que en política presidía el ayuntamiento o por qué un “modisto” podía diseñar alta costura mientras una “modista” sólo podía confeccionar y vender ropa en su tiendecita.

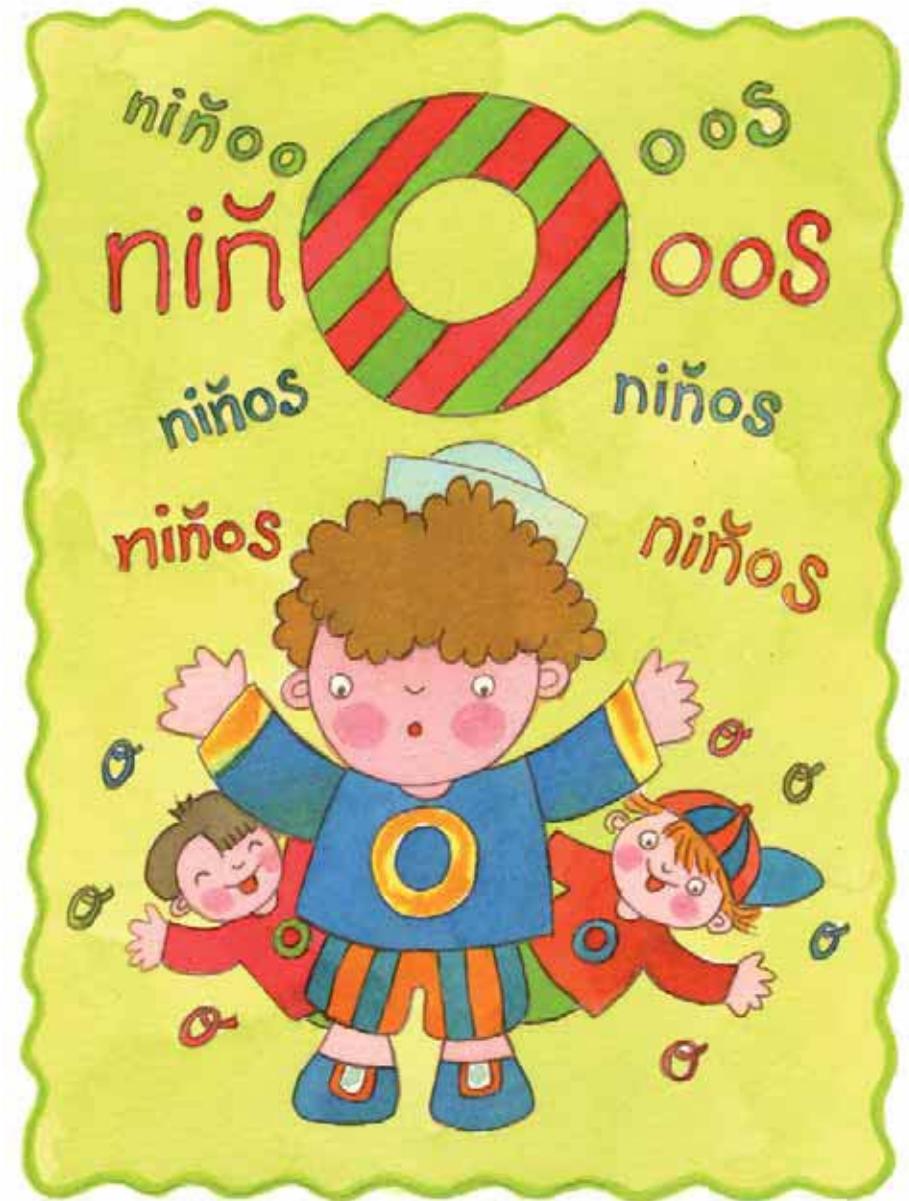
La A estaba harta y cansada de este menosprecio que se le hacía. Quería entrar en el Parlamento encargado de la creación de palabras para poner fin a años de injusticia lingüística y de discriminación social. Algunas letras como la S o la M la apoyaban y se manifestaban junto a ella por las calles de Alfabetolandia pero otras cuchicheaban a sus espaldas sobre si estaba loca o histérica. ¡Cómo iba la A a entrar en la cámara alta! Eso les parecía inconcebible...

Al llegar la letra M a presidenta del país se decidió que la A podría formar parte del Parlamento como una diputada más. El día en que se aprobó esta ley hubo gran revuelo y algunos ciudadanos contrarios a la decisión protagonizaron actos vandálicos que tuvieron que ser contenidos por los policías antidisturbios, también conocidos como los paréntesis. Las letras más perjudicadas por estos vergonzosos sucesos fueron la CH y la LL, que

en un ataque perdieron la mitad de su signo...

A pesar de la controversia inicial, los habitantes de Alfabetolandia poco a poco se acostumbraron a ver a la A sentada en su escaño, discutiendo con energía las palabras que la desfavorecían y proponiendo alternativas para preservar la igualdad léxica. ¡Era una magnífica política! Consiguió que se aprobasen femeninos para muchos oficios y profesiones que permitieron dar un nombre a abogadas, bomberas, arquitectas, notarias... La letra A pronto encabezó la vanguardia lingüística de Alfabetolandia.

La O la solía observar desde su asiento estudiándola. Aunque muchas veces tenían opiniones diferentes, la admiraba porque había luchado mucho para llegar a donde estaba y además sabía hacer bien su trabajo: era una dura opositora. Siendo la O la líder de las voces masculinas y la A la líder de las femeninas

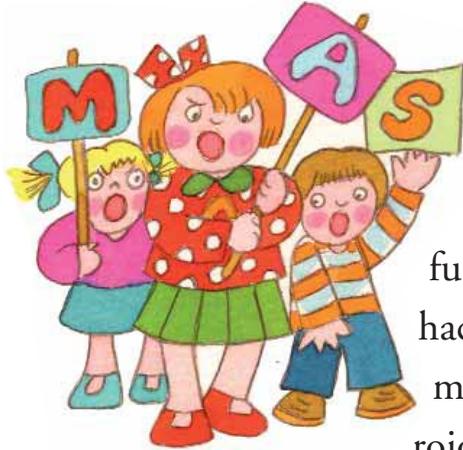




ambas sentían una simpatía especial la una por la otra.

En cierta ocasión hubo un debate curioso en el Parlamento que cambió el rumbo de la Tierra de las Letras. La cuestión que se abordaba era el genérico, asunto que interesaba especialmente tanto a la A como a la O. La primera se quejaba de que se usase el masculino para designar grupos en los que había representantes de ambos sexos. Ponía como ejemplo que en la clase de un colegio no sólo hay “niños” aunque los profesores suelen llamar la atención de los alumnos y alumnas mediante el grito que todos conocemos: “¡¡¡Niñoos!!!”. La O argumentaba que decir “niños y niñas” alargaba demasiado la oración. Nadie en Alfabetolandia sabe que mientras hablaba la portavoz del grupo masculino todo estaba cambiando, y es que la A miraba a su opositora con otros ojos... se fijaba en su pelo rizado y peinado a lo afro, en su

elocuencia y en lo redondeado de su figura...
¿Siempre había sido tan atractiva?



Al finalizar la sesión ambas
letras coincidieron en una
sala contigua. Pocas veces
habían hablado fuera de
la cámara pero esta vez una
fuerza invisible las empujó a
hacerlo. Se sentaron en un
mullido sillón tapizado de
rojo y charlaron sobre todo
tipo de cosas: política, literatura, arte, viajes...

Al dar las doce en el reloj de cuco
enmudecieron. Pasaron unos segundos
mirándose en silencio, asimilando las horas de
conversación y tratando de resumirlas en algo...
¿En un beso?... Sí...

La letra A y la letra O se fundieron en un
beso de amor y de respeto. Todas las diferencias
y las peleas que habían tenido a través de los

siglos quedaron olvidadas. Nació la @, que
compuesta por dos antiguas adversarias era
símbolo de una nueva era. Unía femenino y
masculino en uno sólo y en uno igual.

En la salita contigua a la cámara principal
del Parlamento encargado de la creación
de palabras habían entrado dos
letras pero salió un único
símbolo. Aunque los demás
diputados todavía no han
acabado de aceptar a la @ como
una letra más, lo acabarán
haciendo porque tiene el
corazón luchador de la A y el
caparazón influyente de la O.



Fin

Lo importante es otra cosa



Desde luego, si te detienes a pensar un poco las cosas, te das cuenta en seguida de que todo es más bien un poco raro. Las gallinas, por ejemplo, son aves y sin embargo no vuelan; a los pingüinos se les llama “pájaros bobos” y, lo que es bobos, no me cabe duda de que lo sean porque no hay más que ver cómo andan, pero que, además, se considere que son pájaros..., bueno, yo diría que eso sí es un disparate de los gordos. La verdad es que de las palabras a veces





no te puedes fiar demasiado. Una vez tuvimos en casa un gato que se llamaba Patrocinio, como el abuelo, y yo me pasaba el día correteando por los pasillos detrás de él gritándole “¡bandido, canalla!”, que es lo que mi madre le decía a mi hermano mayor cada vez que hacía una trastada. Una tarde Patrocinio se escapó por la ventana de la terraza y regresó dos días después muy tristón y muy apacible, como si de golpe le hubiera entrado un ataque de melancolía, se dejó caer sobre su manta y prácticamente ya no se movió de ahí en un montón de tiempo. Al cabo de todo ese tiempo, una mañana fui a verle, y encima de la manta y a su alrededor había cinco gatitos preciosos y cegatones que lloriqueaban como niños buscando torpemente a su mamá. Resultó que Patrocinio nunca había sido gato sino gata. Después me explicó mi madre que algunos nombres valen lo mismo para chicos que para chicas, como los de Rosario, Pilar,

Reyes, Cruz, Estefanía o Patrocinio, el del abuelo, y que, en realidad, eso daba igual, que lo importante es otra cosa.

Hace poco me ocurrió también algo con eso de lo extrañas que son las palabras. Paseando con mi padre un domingo por el parque, nos encontramos con una amiga suya que había tenido un bebé y que andaba por allí tan ricamente tomando el sol como nosotros y empujando el carrito. Mi padre se acercó a saludarla. Después de charlar un rato, se inclinó sobre el carrito y empezó a hacerle al bebé todas esas muecas y cucamonas tan tontas que hacen los adultos a los recién nacidos. No paraba de decir cosas como “pero qué criatura tan mona”, o “fíjate qué hermosura, parece un ángel”. Yo me moría de aburrimiento de tanto esperar, pero al final se despidió y nos alejamos. Entonces, de camino a casa, le pregunté:

–Papá, y ¿qué era, niño o niña?

Él se me quedó mirando un momento muy sorprendido, como si acabara de hacerle la pregunta más inaudita del mundo, y, después de rascarse una oreja, dijo:

–Vaya, ¿por qué me preguntas eso?

–Pues porque con esas palabras que usabas no se puede saber nada. Lo mismo valen para niño que para niña.

Mi padre se rascó la otra oreja y al cabo de un momento, luego de sumirse en hondas cavilaciones, respondió:

–Tienes razón. La verdad es que no tengo ni idea de lo que era. Quizá debería haberle preguntado el nombre.

Yo intenté echarle una mano sugiriéndole una pista:

–Pero, vamos a ver, ¿de qué color era la ropa que llevaba, azul o rosa?

–Ni azul ni rosa –contestó muy rápidamente–: blanca.

–Ah, vaya –exclamé–; pues entonces sí que tenemos un problema.

Seguimos caminando, pensando cada uno en lo suyo, hasta el portal de casa. Cuando íbamos a entrar, mi padre se volvió hacia mí y me miró con cara de preocupación. Dijo:

–De todos modos, ¿tú crees que eso es un problema?

Yo me eché a reír con ganas y contesté:

–Desde luego que no. Yo creo que, como dice mamá, lo importante es otra cosa.

Entonces desapareció su gesto de seriedad y, contagiado de mi actitud, entramos los dos en casa riendo.

Pero lo más divertido que me ha pasado hasta ahora con eso de la confusión de las palabras fue lo del concurso de cuentos. Resulta que una vez hicieron en unos grandes almacenes un concurso de cuentos y mi madre se empeñó en que tenía que participar. Como acabó



poniéndose muy pesada, al final no me quedó más remedio que decirle que sí, que bueno, que lo intentaría. Me pasé varios días pensando

acerca del tema pero, la verdad,

aquello no era tan fácil

como yo creía. Por más

vueltas que le daba no

se me ocurría

ninguna idea

sensata sobre la que

escribir. Hasta que

una mañana mi

hermano, que en esa

época andaba

obsesionado con lo

de las faldas, me regaló

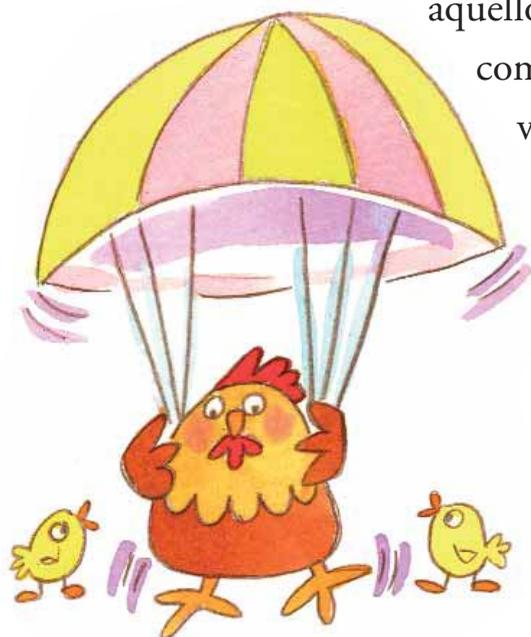
una bastante aceptable.

Mi hermano acababa de hacer un viaje a Escocia y había vuelto muy impresionado con el traje de los escoceses, ya sabéis, ese gorro con

una pluma, la manta que cruza el pecho en bandolera, las medias altas hasta la rodilla y esa faldita de cuadros que deja al descubierto las piernas velludas y recias otorgándoles un aspecto tan cómico. Como el viaje de mi hermano había sido en verano y, al regresar, se encontró con que en casa seguía haciendo un calor sahariano, se le metió en la cabeza que era una injusticia que las mujeres pudieran llevar faldas y los hombres no, y que eso había que solucionarlo en seguida, que así iba el mundo de mal, con tantas discriminaciones estúpidas y tantos prejuicios. Al cabo de una semana, después de ponernos a todos la cabeza como un bombo con sus continuos discursos, mi madre sacó una falda del armario, se la puso en la mano y le dijo:

–Toma, deja de quejarte y actúa. No es de cuadritos pero seguro que te quedará bien.

Pero mi hermano comenzó a excusarse con



un rollo acerca de que así no valía, que tenía que ser entre todos, todos a la vez y no sé cuantas tonterías más; por otra parte, concluyó, el tiempo estaba cambiando y empezaría a refrescar de un momento a otro.

Yo creo que en esa ocasión mi hermano no supo estar a la altura, y que se rajó cuando de verdad había que dar la cara. Bueno, tampoco se lo puedo reprochar mucho porque es mi hermano y, aparte de lo que le quiero, tiene un montón de cosas buenas. La cuestión es que a raíz de aquello yo escribí mi cuento, que trataba de alguien que se llamaba Cruz y que venía de Escocia para buscar trabajo pero no lo encontraba nunca. En todas partes donde se presentaba, una fábrica de cemento, un hospital, una gasolinera, un teatro, le decían lo mismo, que primero necesitaban saber si era hombre o mujer, porque con aquella faldita y aquel nombre tan ambiguo no había modo de

averiguarlo. Pero Cruz siempre les respondía igual: que no entendía por qué querían saber eso cuando lo importante es otra cosa. Al final del cuento Cruz se hartaba de todos y decidía dedicarse a escribir libros en los que narraba sus desventuras, ganando una fortuna con ellos.

A los de los grandes almacenes les encantó mi cuento y me concedieron el primer premio. Y aquí es donde viene lo divertido del caso. En la ceremonia de entrega, cuando dijeron el título del cuento ganador y yo me levanté para ir a recogerlo, advertí la cara de sorpresa que ponía la mitad de los miembros del jurado.

—¡Anda! Si resulta que no es ... —le oí decir a uno.

Al parecer se habían hecho una idea acerca de si el autor era niño o niña, y habían preparado un premio acorde a sus suposiciones. Ahora, al verme, se habían quedado bastante desconcertados. Yo recogí el premio, les di las

gracias y volví a mi asiento sin darle mayor importancia, aunque me moría de risa por dentro.

Y, bueno, eso es todo.

Supongo que quizá alguien se estará preguntando ahora qué clase de criatura soy yo, niño o niña, hombre o mujer, y qué clase de premio fue ése que me regalaron. Pero, después

de todo lo que he

dicho, creo que no

estaría bien

satisfacer su

curiosidad. Creo

que es mejor que lo

piense un poco y que

se conforme con la única

respuesta que puedo darle; con

aquello que aprendí una vez y desde entonces



no me he cansado de repetir: que soy nada menos que una persona y que eso debería bastar a todo el mundo, y que, aunque las palabras a veces sean muy raras y confundan un poco, no hay que preocuparse demasiado por ellas, porque, sin duda, lo importante es otra cosa.

Fin

Una de piratas



Sara era una niña de diez años, alta y delgada para su edad, había heredado los ojos verdes de su abuelo y la larga y encrespada melena roja de su abuela. Vivía en una casita baja de un pueblo costero cualquiera. Su padre se ganaba la vida arrancando percebes de las rocas, hasta que una ola se lo llevó, hace ahora cinco años. Lo único que recordaba de él era su olor a mar y cómo le hacía volar por los aires cuando llegaba a casa.

Su madre, una mujer sencilla pero trabajadora, se encargaba ahora de dar de comer a Sara y a su hermanito Juan, con la ayuda del



abuelo Julián. Ambos cosían redes de los vecinos y vendían el pescado que traía Julián, en la lonja. Sara ayudaba todo lo que podía: recogía su cuarto, ayudaba en el pequeño huerto, entretenía a su hermano... pero sobre todo estudiaba. Álvaro, su mejor amigo, decía que era una empollona, pero Sara no le hacía caso porque tenía un secreto que sólo ella y Rufus conocían: Sara quería ser Pirata. Sí, así como suena, Pirata de los que surcan los mares, con parche en el ojo, garfio y pata de palo, y no, no se me olvida el loro, porque Sara ya tenía uno: Rufus.

El encuentro entre Rufus y Sara fue de lo más extraño. Dos años antes, ella estaba haciendo los deberes en su cuarto, con la ventana abierta, cuando un puntito en el cielo distrajo su atención... ¡El puntito se hacía más y más grande y venía en su dirección! De repente, una bola de plumas verdes y rojas aterrizó en su

regazo y empezó a chillar: ¡Aprisa gandules, cierren la escotilla! –mientras gritaba, señalaba con una de sus alas a la ventana. Sara, aturdida, miró hacia el cielo y vió una bandada de furiosas gaviotas que se dirigían hacia ¿su ventana? –¡Sí! ¡Madre mía! –gritó, y de un portazo cerró los cristales. Las gaviotas, malhumoradas, se alejaron con sus gritos hacia el mar.

Ya repuesta de la impresión miró al loro y le preguntó: ¿Sabes hablar? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Por qué te persiguen las gaviotas?

–¡Sssh! ¡Calla grumete! –interrumpió el loro, y haciendo un gesto con el ala para que la niña se inclinase, le susurró al oído– Soy Rufus, el compañero del gran capitán Barbarroja, el pirata más conocido y temido de los mares. –E hinchando su pecho rojo prosiguió– Y claro que hablo, grumete pecoso, pero sólo cuando tengo algo que decir..., por cierto, –añadió– esos

bicharracos parlanchines me persiguen porque les birlé un succulento bocado –dijo refiriéndose a las gaviotas.

Y de esta peculiar manera, Rufus y la niña se hicieron amigos inseparables. El loro sólo hablaba con la niña, y ella prometió guardar ese secreto.

Durante dos años, Rufus le estuvo contando su vida al lado de Barbarroja: sus abordajes a otros barcos, sus borracheras con ron, cómo arrojaban a los prisioneros por la tabla para que se los comieran los tiburones, sus innumerables viajes por todos los puertos y caladeros del mundo... Pero lo mejor fue cuando le habló del tesoro escondido; el fabuloso y grandioso tesoro del pirata Barbarroja, enterrado en una pequeña isla del oscuro paradero, sólo reflejado en un mapa, oculto en un libro, escondido en una perdida biblioteca de un pueblecito pesquero de la costa española.

A Sara se le iluminaban los ojos al escuchar las fantásticas aventuras del Pirata y su corazón latía a toda velocidad cuando se imaginaba a sí misma a bordo del barco de Barbarroja.

Una noche, unos meses antes, estaban todos a la mesa cenando, cuando su abuelo le preguntó: Y tú, Sarita ¿qué quieres ser de mayor? –un silencio invadió el comedor y todas las cabezas se dirigieron hacia la niña que, dejando la cuchara en medio camino a su boca, y sin un atisbo de duda en la voz, contestó– Pirata, abuelo, quiero ser pirata. El silencio duró unos segundos más, hasta que unas risas infantiles lo rompieron: ¡Pirata! –se carcajeó Juanito– pero si eres una niña...

Sara se levantó de un salto, fulminando con la mirada a su hermano, pero al momento sintió la mano de su madre sobre la suya, así que giró la cabeza, buscó sus ojos y se volvió a sentar. Su madre, mirándola con infinito cariño, le dijo:



Hija mía, serás lo que quieras ser. Si quieres ser pirata, pues ¡adelante! Pero tienes que saber que, para llegar a tu meta, antes tendrás que superar muchos obstáculos. Tendrás que estudiar muchas Matemáticas, para calcular latitudes, altitudes, millas y todo eso, interpretar mapas, aprender otros idiomas para cuando viajes por distintos países... En fin, que primero tienes que aprender mucho y prepararte bien, y luego todo lo que te propongas lo conseguirás, que para eso tu abuelo y yo, que ni siquiera sabemos leer ni escribir, trabajamos de sol a sol, para que tu hermano y tú seáis lo que queráis ser el día de mañana. Y tras soltar el discurso de un tirón siguió comiendo la sopa.

Sara se quedó mirando, muy emocionada, a su cansada madre, y allí mismo se hizo la siguiente promesa: estudiaría mucho para ser pirata, encontraría el tesoro de Barbarroja y se lo llevaría a su madre para que se sintiera orgullosa de ella.

Así fue que Sara empezó a esforzarse más en el Colegio. Muchas tardes también se quedaba en la Biblioteca del pueblo de Álvaro, haciendo los deberes y, cuando acababan, sacaban algún libro de piratas y se lo leían con ahínco, y al día siguiente, en el recreo, jugaban a “piratas” con sus compañeros.

A veces, la niña iba sola a la Biblioteca y se llevaba a Rufus escondido en la mochila. El loro le describía una y otra vez el libro del mapa del tesoro, y ella recorría las estanterías buscándolo. Y claro, la constancia tuvo su premio; en lo alto de la última estantería, cubierto de polvo y cayéndose a trozos, lo encontró: “Recetas de cocina de la piratería tradicional”. ¡Aquí está! —exclamó—, y enseguida un siseo mandando silencio sonó por todo el recinto. ¡Qué nervios! Casi lo deja caer bajando a toda prisa por la escalera. Rufus, que la oyó, se escapó de la mochila y salió a su encuentro: ¡Deprisa

grumete, busca en la receta del pastel de chocolate! Ella, obedeciendo, con las manos temblorosas, buscó la página, y allí doblado cuatro veces, escondido durante siglos, esperaba un auténtico “Mapa del Tesoro”.

Con infinito cuidado para no romperlo lo desdobló: sí, a la derecha estaba la Rosa de los Vientos (su abuelo le había enseñado a manejar la brújula) y en el centro, una isla con varias indicaciones: “La Cala de la Media Luna”, “La Fuente de los Tres Chorros”, “El Bosque de los Árboles Gritones”, y por fin, el sitio marcado con una equis gigante, ¡el tesoro!

Aprovechando que estaban en la Biblioteca, sacaron el atlas geográfico mundial para ver dónde estaba situada la Isla del Tesoro. Según el mapa, estaba a veinticinco millas de la costa donde vivían, pero, según el atlas, allí no había más que agua. Decepcionada, y con lágrimas en los ojos, se fue a casa.

Allí estaba su abuelo, que enseguida notó su tristeza, así que la subió sobre sus rodillas y le preguntó: ¿Qué te pasa mi niña? Ella, abrazándolo, le contó al oído todo lo que había descubierto, y su abuelo, interesado, le pidió ver el mapa, y volvieron a compararlo con el atlas, donde, efectivamente, no aparecía ninguna isla en esas latitudes.

Sara se echó a llorar y su abuelo, acariciando su revuelta melena, le dijo: ¡Pero bueno! ¿A estas alturas te vas a rendir? Yo pensaba que querías ser pirata, y los piratas no lloran. Y dándole su pañuelo le hizo sonarse la nariz. Ella le dio un beso y se marchó a su cuarto, donde la esperaba impaciente Rufus, que agitando fuertemente sus alas y perdiendo cincuenta plumas a la vez, gritó: ¡Venga grumete, hay que hacer el petate! ¡Nos vamos al amanecer! –Pero la isla no existe –se quejó la niña– es todo mentira –suspiró dejándose caer en la cama. El lorito, entonces,



aterrizando en su barriga le explicó: ¡Vaya aprendiz de pirata! ¿Tú creías que iba a estar ahí, a la vista de todos? Es una isla mágica, sólo se hace visible las noches de luna llena y eso es... ¡mañana!

Sara se levantó de un salto, haciendo que Rufus diera una voltereta en el aire. ¡Mágica!

—exclamó esperanzada—

¡Claro! Venga Rufus,

hay que preparar la

mochila que ¡nos

vamos a por el

tesoro! —y dando

un paso de baile

con el loro agarró

su bolsa de viaje.

Tras guardar

las cosas

necesarias: linterna,

cantimplora, guantes y bufanda, la



brújula y por supuesto el mapa, esperaron a que todos se acostaran para ir a la cocina, donde prepararon unos bocadillos y las semillas de Rufus. Además, metieron leche y rosquillas de las que hacía su madre.

Salieron, cuando apenas empezaba a clarear el día, hacia el barco del abuelo, un velero pequeño con motor que Sara había manejado muchas veces. Como era domingo, Julián no lo necesitaba para faenar.

Con la ayuda de la brújula y del viento salieron del pequeño puerto y llegaron a alta mar. Allí pusieron rumbo a la isla misteriosa. Afortunadamente no se cruzaron con nadie, y los barcos que avistaron pasaron demasiado lejos para que alguien pudiera ver a una niña y a un loro solos en un barco.

Cuando empezó a atardecer, cenaron los bocadillos y la leche y las semillas mirando como la luna, redonda y blanca, iba elevándose

en el cielo hasta alcanzar su lugar al lado de las estrellas. Es el momento –dijo solemnemente Rufus señalando el horizonte con su ala– ¡Mira hacia allí, grumete, y sorpréndete!

Sara alzó la vista, abrió la boca para decir que no veía nada, salvo oscuridad, y así se quedó: petrificada, viendo como de la nada se iba formando el contorno verde oscuro de una fantasmal isla.

¡A toda vela! –gritó alegremente Rufus– ¡Ánimo grumete, el tesoro ya es nuestro!

Sara, saliendo de su aturdimiento, puso rumbo a la isla, pero Rufus le indicó que no fuera de frente, sino que la rodeara buscando la cala que indicaba el mapa.

Después de dar dos vueltas a la isla, cuando la noche se cerraba sobre ellos, llegaron a la cala de la media luna, que, precisamente, tenía esa forma. Muy contentos atracaron allí su barquito. Voy a encender la linterna –susurró

muy nerviosa Sara– Hay que buscar “la fuente de los tres chorros”. Y siguiendo la luz se internaron en la isla. Rufus se refugió en el hombro de la niña, muerto de miedo, y ella le iba tranquilizando. ¡Ánimo, que ya falta menos! ¿Oyes el sonido del agua? Y de repente, llegaron a un claro donde un manantial caía en cascada de tres surcos . ¡Hemos llegado! Bien, ahora hay que andar cuarenta pasos en dirección suroeste –explicó Sara, dirigiendo la brújula hacia el haz de luz– ¡Encontremos esos árboles gritones!

Media hora después llegaron a una especie de bosquecillo con unos árboles gigantescos pero silenciosos. Yo creo que nos hemos equivocado –comentó Sara, tras mirar de nuevo la brújula– no oigo gritar a ningún árbol... De repente un griterío ensordecedor le hizo taparse las orejas, mientras Rufus echaba a volar desconcertado. ¿Qué es eso? –gritó Rufus– ¡Parecen gritos humanos! –y ni corta ni perezosa

iluminó con su linterna hacia la copa de los árboles. ¡Increíble! –exclamó– son miles... no, millones de... ¡Monos! y todos gritan a la luna, ¡Qué ruido!

Pasado el susto, avanzaron con precaución siguiendo el camino marcado en el mapa. Ya sólo queda encontrar la equis gigante en el suelo... –pero allí no había nada.

Tras dos horas de infructuosa búsqueda, se sentaron en una roca para deliberar sobre qué podían hacer. El sueño empezaba a adueñarse de la niña que, frotándose varias veces los ojos, pensando que soñaba, no daba crédito a lo que veía: allí, a unos veinte metros, había una cruz en el suelo, negra como la noche. Venciendo el cansancio se levantó, se acercó y de repente comprendió el misterio; desde donde se encontraban, dos árboles cruzaban sus largos troncos y, con la luz de la luna, proyectaban una sombra de equis en el suelo.



¡Despierta, Rufus! ¡Lo hemos encontrado! y una corriendo y el otro volando, llegaron al centro de la equis y empezaron a excavar, con las manos la niña, con el pico y las patas su amigo.

Al poco tiempo chocaron con algo duro –¡Un cofre! –gritaron ambos entusiasmados– y debajo otro y al lado otro y otro más... ¡Madre mía! ¡Somos ricos! Y agarrados bailaron la canción de los piratas a la luz de la luna.

Tardaron toda la noche en cargar un sólo cofre en el barco, porque pesaba mucho, pero ya volverían a por más la siguiente luna llena.

Cuando volvieron a casa ya era lunes por la tarde, y su madre y su abuelo estaban muy preocupados. Pero se quedaron pasmados cuando vieron a Sara con el cofre lleno de doblones de oro. La niña echándose a los brazos de los dos, les contó a trompicones su aventura. Eran ricos, por tanto podrían trabajar menos y apuntarse a la escuela de adultos para aprender a leer y a escribir, les explicó muy ilusionada la niña.

Todos bailaban contentos y felices. ¡Mi hermana, la Pirata! –gritaba Juanito. Esto no ha

hecho nada más que empezar –le susurró al oído su amigo el lorito– Sara, la pirata, seguirá surcando los mares en busca de tesoros escondidos...

Fin

